

bidas á sostener las peticiones; nombraba conservadores de la Unión; pedía Cortes, organizaba ejércitos, é infundía en todos los ánimos el ardor de una próxima guerra. Esta situación era angustiosísima; Cataluña, la fiel Cataluña misma estaba incierta; no quería la guerra, pero no se conformaba con el nombramiento de la infanta; todas las villas y ciudades aragonesas menos Teruel, Daroca, Calatayud y Huesca, se alistaban en la Unión; el rey de Castilla la fomentaba; los infantes hermanos de don Pedro la acogían gozosos; tropas castellanas la sustentaban; Valencia crecía en ardor y entusiasmo, el mismo rey de Mallorca, vencido pero no resignado, amagaba un golpe; y don Pedro IV, al verse tan amenazado mandó á su regreso á Cataluña que no se tuviese por gobernadora á su hija, y que se gobernara sólo en nombre del rey. En su Crónica nos dice la causa de esta determinación: «Car conxiem que á tot lo general déls régnes nostres, así lo régne de Aragó, e lo régne de Valencia, así matex lo principat de Catalunya sabia greu que á fembres, apremort nostra, pervenguéssen les régnes nostres». No puede darse un testimonio más elocuente de respeto á la opinión pública. Y sin embargo, esta determinación ya no era bastante á extinguir aquel voraz incendio. Los peligros eran graves, la guerra cierta, el descontento general, la rebelión amenazadora, la resistencia escasa; pero también la voluntad del rey era incontrastable y su pensamiento fuerte, vigoroso, tenaz. De un lado estaban los infantes con toda su cohorte de guerreros, aragoneses y castellanos, prontos á vengar en un día las afrentas recibidas en muchos años; estaban los ricos-hombres, nunca bien avenidos con la paz, gozosos al oír el grito de guerra como el caballo que piafa antes del combate; estaban los mesnaderos, clase más inferior en categoría, pero no en aspiraciones, como advertida por su instinto de que aquellas luchas habían de traerle algún nuevo derecho; estaban los pueblos, desplegando su bandera municipal, reuniendo sus milicias, anhelantes de poder, respirando en el aliento de aquella gran tormenta política la esperanza de nuevas libertades; y ricos-hombres, mesnaderos, infantes, pueblos, se unían en un solo propósito: conseguir la integridad de las leyes, propósito que daba más alto valor á sus robustos brazos. Y de otra parte ¿qué había? El rey, sólo el rey; pero con su imaginación sombría, con sus premeditados cálculos, con sus perfidias, con su saña, y sobre todo, con su pensamiento. Es el pensamiento el espíritu de los hechos históricos, la savia poderosa que hace florecer una gran institución, la vida de una causa. El rey puso los ojos en su idea, y se cruzó de brazos y esperó en silencio la hora de la victoria.

A su lado se levantaba un hombre sombrío también, porfiado y tenaz, tardó en decidirse por una causa, pero constante; cenobita salido de un convento para volver á las luchas del mundo; exaltado en su celda por el genio de la soledad, que inspira melancólica grandeza al pensamiento; preocupado como hombre superior, por la idea de aquel siglo; devoto á la autoridad real hasta el extremo de ofrecerla su conciencia, de intentar

levantarla del polvo por medio del crimen; hombre que tenía en poco la vida de los demás hombres, en mucho la causa de la monarquía; astuto también, sí, también hipócrita; especie de satélite que recibía luz y calor y vida del alma de su rey. Este hombre se llamaba don Bernardo de Cabrera. El rey dejó á los acontecimientos que tomaran toda la expansión posible, á fin de que así le fuera más fácil dominarlos por su mismo desorden, y sintiéndose débil, apeló á la astucia. Comenzaba á inquietarle el de Mallorca, é indeciso entre acudir á la guerra á que le retaba la Unión, ó á la guerra á que le retaba el de Mallorca, parecióle menos peligros el exceso de libertad que la contingencia de menguar su patrimonio. Así, después de alguna incertidumbre, mientras estaba con el pie en el estribo para ir en busca del rebelde al Rosellón, convocó para Monzón Cortes, y pidió caballerías á sus vasallos por medio de su canciller. Éstos se negaron, porque la petición no venía derechamente del rey, y porque diz que necesitaban las caballerías para asistir á las Cortes. El rey con su mirada de águila, comprendió el semblante que tomaba aquella gran revolución. En Perpiñán, rodeado de sus fieles compañeros, con el presentimiento de sus próximas desgracias en su corazón, y la idea de superarlas en la mente, tomando por testigo á Dios, como si le quisiera hacer su cómplice, puestas las manos en el Evangelio, los ojos en la imagen del Crucificado, alzando con entereza la voz, declaró que fuesen tenidas por de ningún valor cuantas concesiones hiciera á los de la Unión, por falsos cuantos juramentos le prestara, y por inciertos cuantos derechos les otorgase, pues la fuerza únicamente sería poderosa á vencerle, y de antemano protestaba solemnemente contra tal victoria. Firmada y sellada esta determinación del rey, partióse contra el de Mallorca, dando así tiempo á la Unión para organizar sus fuerzas y para aprestarse á la terrible lucha. Comenzó, pues, el rey á contar sus elementos de resistencia. Contaba con la lealtad de Cataluña, con los ricos-hombres y caballeros de su casa, con algunos señores más que le habían de buena voluntad rendido el pleito homenaje; con don Pedro de Jérica, que había conseguido apartar á Játiva y Cocentaina de la Unión de Valencia y atraer bajo su bandera algunos caballeros; y además contaba muy seguramente con las divisiones, rencillas y luchas que pensaba procurar en el enemigo bando. Así vuelto á Barcelona de su expedición al Rosellón, viendo que los aragoneses deseaban tener Cortes en Zaragoza, se decidió á celebrarlas en esta ciudad. Mientras el rey organizaba la resistencia, los de la Unión se apercebían á la defensa de sus fueros. Viendo los progresos que contra la Unión hacía la autoridad del señor de Jérica, decidieron confederarse aragoneses y valencianos. Después de mutuos juramentos, después de recibir al pie del altar la hostia inmaculada en testimonio de la pureza de sus intenciones, se convinieron en pública concordia. Comenzaban declarando que en nada querían menguar ni desconocer la autoridad del rey; seguían diciendo que su misión era legal, justa, como basada en el derecho que de resistir al rey, cuando faltase al fuero, habían logrado desde los tiempos

de don Jaime II. En sus protestas de amor al rey, de respeto á las fórmulas legales, hechas en el punto mismo en que oprimían la autoridad real, desatando todo linaje de luchas, como alterados vientos, sobre el reino, se muestra claramente el carácter aristocrático de este pueblo, que á la manera de Roma y de Inglaterra, aun en los instantes de más desquiciamiento, invoca para santificar su causa el símbolo inviolable y sagrado de la ley. Después de convenir en su respeto al monarca y á las leyes, deciden procurar que la sucesión del reino vuelva á su verdadero ser y estado; que no se consienta nunca mengua alguna en las antiguas libertades; que sea condenado á morir á manos de los de la Unión todo el que conspire ó se levante contra ella, ó aconseje al rey cosa alguna en su daño; que se nombre un Justicia en Valencia encargado de velar por el cumplimiento de las leyes; que los de la Unión tengan derecho de nombrar gran parte de los consejeros del rey y á los ricoshombres de la real casa, que todos los años se reúna parlamento; que no pueda el rey nombrar para su consejo caballero del Rosellón; que los jurados de Valencia y Zaragoza puedan convocar la Unión siempre que vean algún peligro inminente ó dañado algún derecho. Viendo tanta audacia el rey, quiere tener las Cortes en Monzón, pretextando la necesidad en que estaba de ocurrir á la guerra con el de Mallorca. Las Cortes de Monzón era un triunfo para don Pedro. Allí tenía á sus espaldas en los desfileros de las montañas de Lérida á los fieles catalanes, prontos á caer sobre los que fueran osados á poner la mano en el rey. Las Cortes de Zaragoza eran un triunfo para los de la Unión. Allí tendrían acorralado al rey como en rehenes, en medio del hervidero de tantas pasiones, que jugarían con él, sin que pudiese de ninguna suerte apaciguarlas, antes muy expuesto á perderse y ahogarse en su amargas hondas. El rey resistía, pero los aragoneses le recordaban que no había tendido Cortes nunca en Aragón. El rey dió un salvoconduto, y se indignaron de que se les juzgara desleales; pensó concederlo á los de la Unión, para que fueran á su corte, y lo rechazaron por inútil. No había remedio, el rey cedió, partiéndose para Zaragoza. Los de la Unión habían triunfado.

En todo el camino á la capital del reino de Aragón le asaltaban al rey grandes temores; pero tenía mucha fe en sí mismo. Al acercarse á Zaragoza salieron á recibirle los de la Unión con gran compostura. Iban á la cabeza de la comitiva los infantes, lujosamente engalanados, luciendo lustrosas armas. Seguíanle los ricoshombres y los procuradores de las villas. La Unión igualaba de tal suerte las condiciones, que andaban aparejados un ricohombre y un ciudadano como en señal de su fraternidad, de su armonía ante el común peligro. Quinientos castellanos y ochocientos aragoneses, bien armados, completaban el cuadro, mostrando al mismo tiempo que eran la última razón de los aragoneses contra el rey. El recibimiento fué frío y ceremonioso; el rey procuraba sonreirse, pero la sonrisa se apagaba en su pálidos labios contraídos por el odio; los de la Unión procuraban mostrarse respetuosos, pero el respeto se avenía mal con aquellos francos semblantes que re-

bosaban ira, y aquel ruido de armas que presagiaba la guerra. Al llegar á la Aljafería, aposentó del rey, le saludaron humildemente, y volvieron grupas á la ciudad sin dirigirle una palabra. Abriéronse las Cortes en San Salvador. La iglesia presentaba un imponente aspecto. A la derecha del coro se hallaba en un banco el infante don Jaime, á la izquierda el infante don Fernando, y al lado de uno y otro los ricoshombres de más elevada alcurnia, como los Urreas, los Lunas, los Corneles, los Blascos de Alagón. A un lado del altar mayor los obispos y arzobispos, el embajador de Francia, el nuncio del Papa, el abad de Monte Aragón; y al otro lado los mesnaderos y caballeros. En el centro de la iglesia se levantaban los ciudadanos y en el altar mayor el rey. Sus partidarios, las gentes de su casa tuvieron que tomar asiento en las gradas del altar, y algunos en el frío suelo. Nunca se habían visto Cortes más numerosas ni más imponentes. Al entrar los catalanes, consejeros del rey, murmuraron los de la Unión; mas cuando subió de punto su enojo, fué cuando vieron entrar á los procuradores de las villas que no siguieron su partido. Nadie les quería dar asiento. El rey mandó á los de su casa que se estrecharan, y los sentó entre los suyos. Subió en seguida el Monarca al púlpito que estaba cubierto de ricos paños de oro, y en tono humilde, más pidiendo que imperando, se contraguló de la reunión de las Cortes, se sinceró de no haberlas convocado antes, confesó ser gran amigo de la libertad, trató de calmar á los de la Unión, y concluyó loando á todos sus vasallos, y haciendo la apología de la gloriosa corona que llevaba sobre sus sienes. Contestáronle don Jaime por los ricos hombres, el obispo de Huesca por los demás asistentes, y todo concluyó en contento y alegría. Las ondas se duermen y se mecen blandamente, reflejando la celeste claridad del firmamento, pero los huracanes hierven ya en sus profundos abismos. Continuaron celebrándose las Cortes en el antiguo monasterio de predicadores. Mas sucedió que como si trataran de mantener una guerra, se presentaron los de la Unión armados de todas armas en las Cortes. El rey lo supo, se indignó, hizo que se prorrogaran remitiendo su celebración al día siguiente, obligó al municipio á dar un bando, prohibiendo andar con armas por las cercanías de las Cortes, y ordenando que algunas compañías de peones y caballeros velasen por la seguridad de aquella augusta Asamblea. Al día siguiente fué el rey á las Cortes; entraron con él don Bernardo de Cabrera y el arzobispo de Tarragona, así que los vieron entrar se levantaron algunos diputados, pidiendo que inmediatamente salieran, y como el Rey se resistiese, lo pusieron á votación y quedó decidido, con gran desdoro de la autoridad real, que no pisasen aquel sagrado recinto. Tal determinación hirió muy profundamente al rey que se apercibió á tragar á grandes sorbos el cáliz de la amargura, para vomitar después toda aquella hiel en la frente de sus enemigos. Estos pidieron al rey en la sesión que les confirmara el antiguo privilegio de la Unión, y el rey se resistió, diciendo que era irritó tal privilegio, puesto que sesenta años lo habían abolido, haciéndole caer en desuso. Pidiéronle que les concediera nombrar los

consejeros y los de su casa; y el rey se negó á ello, y enseguida le pidieron que les entregara diez y seis castillos, y en rehenes sus más fieles amigos; y el rey abandonó las Cortes airado, refugiándose en el refectorio del convento. Armóse entonces singular desorden, unos crispaban los puños, otros maldecían tal rey, otros agitaban en sus manos los antiguos privilegios, todos le cercaban, le oprimían como para lograr de su temor lo que no habían logrado de su voluntad; mil amenazas poblaban el aire, y aun se oyó á algunos decir que había sonado la hora de elegir otro rey, usando del derecho que les concedían sus fueros; y todo era estruendo y confusión, y tumulto en el sagrado templo de Dios y de las leyes. Para remediar tan grande altercado, propuso el rey que se pusiera la discordia en manos del Justicia; mas conociendo que era inútil y aun dañosa toda tregua, después de conversar con don Bernardo de Cabrera, se decidió á cederlo todo para después cobrarlo todo. Confirmó tras seis días de dudas el privilegio de la Unión, entregó en rehenes sus más hermosos castillos, sus más fieles servidores; arrojó de su lado á sus consejeros, y humildemente recibió á los consejeros que la Unión había propuesto; humilló la frente, guardó en el pecho su rabia y dejó pasar este gran castigo del cielo. Solo el Rey, nada hubiera podido hacer, sino tascar el freno. Pero la Providencia le había deparado á don Bernardo de Cabrera, realista tenaz y porfiado, que ponía todas sus pasiones y todas sus ideas á servicio del rey, y don Bernardo de Cabrera comenzó una lucha astuta contra la Unión, lucha parecida á la de una serpiente con un león. Había dos fuertes y enemigos bandos en Zaragoza, como solía suceder en casi todas las ciudades durante la Edad Media, y con el cebo de las promesas atrajo á su partido á los dos jefes de estas parcialidades, lo cual equivalía á ganar Zaragoza entera. Uno de estos jefes, Garcerán de Tarbes, ganó para el rey el corazón de don Lope de Luna, caballero de la más alta alcurnia, emparentado con la familia del rey, rico en feudos, y más rico aún en poderosas amistades; altísimo señor, que debía con la influencia de su nombre arrastrar en pos de sus pasos la parte más granada de la aristocracia. Aunque recelosos los de la Unión habían tomado mil disposiciones para impedir que ninguno de sus jefes hablara con el rey, la astucia de don Bernardo de Cabrera burló sus recelos, é introdujo en la cámara del rey á don Lope de Luna, que se llevó tras sí algunos poderosos nobles, y todos de consuno olvidaron sus antiguas quejas; y se unieron por medio de juramento á la bandera real. Pedro IV había logrado un triunfo inaudito; había desunido á los aragoneses.

A los pocos días de esto sucedió un triste lance en las Cortes. Empezaron los de la Unión á leer peticiones tan escandalosamente audaces, que el rey no pudo contener su cólera. No les bastaba tenerle como siervo, nombrar sus consejeros y sus criados, robarle el derecho de convocar Cortes, poseer sus mejores castillos, guardar sus más fieles servidores; necesitaban humillar más la monarquía que acababa de ver en sus manos. Don Pedro, fuera de sí, arrojando rayos de sus ojos, trémulo, ahogado por la rabia, ciego de ira,

extendió sus brazos á donde estaba el infante don Jaime, le apostrofó, le conminó en durísimas palabras diciéndole que no bastaba á su odio amontonar sobre la cabeza del rey aquellas desordenadas peticiones, propias sólo para turbar el reino, sino que traidor por naturaleza, incitaba tumultos populares, y escupía blasfemias á la frente del que era su señor; por lo cual estaba llamando y atrayendo sobre sí todo el peso de la divina y de la humana justicia. Esta cólera del rey, que podría parecer nacida de improviso, inspirada por los acontecimientos, fué muy de antemano preparada, pues el rey cuenta en su Crónica, que había mandado poner cerca del infante dos caballeros armados de puñales, para que, de revolverse y desmandarse, con él cerrasen y le asesinaran en las mismas Cortes. El infante, lejos de mostrarse altivo, se levantó respetuoso, y como si hubiera recibido honda herida, se dirigió humildemente al rey, diciéndole que sentía mucho devorar tal afrenta, como venida de quien tenía por padre; pero en el calor del discurso, arrebatado por el fuego de su pasión, se volvió al pueblo, y con ademán altivo y audaz mirada, señaló al rey exclamando: que era muy de compadecer un pueblo entregado á un señor, el cual si insultaba así á sus iguales, á sus hermanos, ¿qué no haría con sus vasallos? Armóse gran tumulto; quiso hablar un Urrea, y el rey le impuso silencio; pero más imprudente un camarero del infante se levanta á excitar á los presentes contra don Pedro; dice que era necesario lavar aquella afrenta; extiende sus brazos como loco al pueblo; y no contento con estas amenazas, abre la puerta de la iglesia, sálese á la calle y con desapoderada ira, comienza á pedir armas, á llamar á grandes voces á los amigos de la libertad y de los fueros del reino. La gente popular se abre paso como irritada y rabiosa; entra cual oprimido torrente por la puerta, se desborda en lo ancho de la iglesia, y la inunda; puebla el aire de mil confusos gritos, rompe y destroza cuanto á su marcha se opone, se acerca encrespada al rey como para devorarlo; y el rey y sus amigos, desnudas las espadas, formando como un espeso muro, se retiran paso á paso, logran ganar la sacristía, salen á la calle, huyen á todo huir á su real palacio, y dejan las Cortes anegadas en aquella desoladora tormenta. Al ver tan desacatada su autoridad, tan herido su poder, el rey dudó si abandonaría á Zaragoza, dejándola entregada á sus discordias. Una idea le retrajo de llevar adelante este proyecto; el recuerdo de los caballeros que en rehenes tenían sus enemigos, recuerdo que muestra algún rayo de compasión en su alma. Don Bernardo de Cabrera, que creía poca cosa la vida de un hombre cuando se trataba de la salud del rey, le instó para que sin parar mientes en los rehenes ni en sus desgracias, se partiera prontamente de Zaragoza, y contara por muertos á los fieles servidores que estaban desgraciadamente en poder de la Unión. El rey no se atrevió á seguir este consejo; más humano, más decidido á luchar, se resignó á sufrir la última humillación antes que á clavar por sus propias manos un puñal en el pecho de sus más fieles amigos. Mientras esto sucedía, nuevos peligros amenazaban la corona; en Córcega y Cerdeña cundía voraz insurrección; en el Ro-